

# cuadernos de tercera instrucción n° 62

tercera semana de mayo 2023

**philosophie**  
magazine



**Libros**

## **¿Ser continuista con Spinoza o discontinuista con Descartes? La respuesta de las neurociencias**

Jean-Michel Besnier, publicado el 18 de abril de 2023

**Las neurociencias se están encargando cada vez más de cuestiones filosóficas**, como la de saber si el mundo está constituido [de átomos discretos o de un lazo continuo](#) entre los seres. Es el caso del último libro de **Lionel Naccache**, [Apologie de la discrétion. Comment faire partie du monde?](#) (Odile Jacob, 2023) al que habíamos consagrado [una entrevista](#) y que acaba de recibir el Gran Premio del libro sobre el cerebro. El filósofo [Jean-Michel Besnier](#) nos propone su síntesis tan aclaradora como estimulantes.

\*

**A pesar de su título, *Apologie de la discrétion*, este libro no debería pasar desapercibido.** En efecto es el resultado de una ambición filosófica propiamente insolente. Sin parecer realizarla, su autor, **Lionel Naccache**, neurólogo de la Pitié-Salpêtrière, vuelve a plantear a su manera los términos del debate que marcó «la crisis de la física moderna», en la segunda mitad del siglo XIX: el energetismo contra el atomismo. Lo real ¿sólo es energética, como lo sostenía **Friedrich Wilhelm Ostwald** (1853-1932), o bien, no es sino un juego de átomos describable en términos de mecánica, así como lo afirmaban entre otros **Ludwig Boltzmann** (1844-1906)? Dicho de otro modo: ¿el mundo es continuo o bien solamente compuesto de elementos discretos [*es decir independientes y separados los unos de los otros*] en interacción?

Camino cartesiano

**La alternativa no es nueva y se remonta al menos al [atomismo de Demócrito](#)** que, contra la física cualitativa de **Aristóteles**, abre la vía a la *discrétion*, cuya apología nos la propone Lionel Naccache. El siglo XVII la volverá a poner en el orden del día, oponiendo la una a la otra. **Descartes** y **Gassendi**, luego vendrán los debates en torno a la teoría de la luz que harán de la [oposición entre las ondas y los corpúsculos](#) un modelo paradigmático de la controversia científica. En suma, el compromiso epistemológico de Lionel Naccache viene de lejos, y esto no es un defecto.

**La referencia filosófica del neurólogo está exhibida claramente:** «*Mi camino es cartesiano*», precisa él, incluso si el método de exposición de sus argumentos parece prestado de **Spinoza**, sin embargo «*con una pizca de auto-irrisión*». Pero ¿acaso el propio Spinoza no había tomado prestada de Descartes su demostración [more geometrico](#)? Por un lado Descartes, adepto de una concepción [mecanicista](#) del mundo y de un dualismo cuerpo-espíritu, contra Spinoza del otro, supuestamente aquí ¡partidario de un pan-psiquismo y de un monismo radical! Desde el borde del ring, uno está tentado a salirse por la tangente siguiendo la propia sugestión de Lionel Naccache, y «*pensar a la manera de Bouvard et Pécuchet*». La cause sin embargo es seria, puesto que

ella también nos va a permitir responder a una cuestión existencial, ética y política: «¿Cómo hacer parte del mundo?»

**Si se es cartesiano, podríamos responder:** permitiendo al «yo» solitario componer con un mundo científicamente identificable. Si se es spinozista: dejándose geoméricamente deducir como simple parte de una unidad sustancial llamado Dios. Lionel Naccache no tiene ninguna duda: construimos el mundo a partir de un cerebro que funciona de manera modular, sobre la base de combinaciones de neuronas que son otros tantos elementos discretos. El *«cine interior»* que es nuestra vida mental transforma evidentemente lo discreto (neuronal) en continuo (perceptivo), lo que no impide que sea mecánico. Por otra parte, el mundo, que también se nos aparece como continuo es indiscutiblemente discontinuo, y la historia de las ciencias bien comprendida lo testimonia. Comenzando con la de las matemáticas que deben construir el espacio y el tiempo a partir del punto euclidiano, revelando con ello una cierta manera que nuestra intuición natural de la continuidad disimula en realidad la identidad consigo, *discreta*, que constituye nuestra subjetividad.

Discreción cerebral

**El continuo es siempre derivado y la verdad de fondo reside por el lado de lo discreto bajo todas sus formas** (neuronal, atómica, genética...). El flujo de nuestra consciencia no sería nada sin *la discreción cerebral*, y es con un mundo fundamentalmente discontinuo con el que se las tiene que ver. Lector atento de las hesitaciones de **Freud** sobre la cuestión, y él mismo médico confrontado a las perturbaciones neurológicas y psiquiátricas causadas por la disociación de la subjetividad, Naccache es indiscutiblemente convincente: *«ocurre que a veces la máquina de moler lo discreto ya no funciona»* y que los *«átomos de nuestra consciencia»* funcionan de manera dispersa.

**Se habrá comprendido que lo esencial es preservar la tensión entre lo discreto y lo continuo**, evitando para ello dos escollos: querer sumergirse en una continuidad radical como nos lo recomiendan algunos gurúes de la meditación (**Christophe André** es «denunciado» ¡maliciosamente!) o de la ecología profunda (**Arne Naess** es convocado), o bien, encerrarse en una discreción radical al punto de abdicar el mundo de los otros. Lionel Naccache nos previene de la *«desubjetivación subjetiva»* de la que se prevalecen los adoradores del «Gran Todo», pero igualmente él huye del egoísmo radical.

**Su cultura de filósofo le permite hacer concebible y superable el «ni-ni»** al que podría parecer estar condenado; su cartesianismo le sopla en efecto el preservar un *cogito discreto*, mientras que su adhesión al materialismo de Marx lo conduce a pensar, conforme a la teoría epicúrea del clinamen, que ese sujeto atómico dispone de libertad y que no está sometido a un necesitarismo ciego.

Esta es pues la manera cómo es pensable que la *discreción* de la subjetividad individual luche contra los totalitarismos y las demás perversiones solipsistas.

“Atomismo sin vacío”

**Lionel Naccache se inventó una doctrina para explicarlo:** «*el atomismo sin vacío*». Muy sucintamente traducido se trata de lo siguiente: un átomo en el vacío está sometido a fuerzas y trayectorias necesarias; pero además está separado de sus semejantes por el vacío, de ahí los "espantosos horrores" soportados por seres reducidos a la instrumentalización y la enumeración abstracta. En desquite, un átomo sometido al azar producido por el *clinamen* descrito por **Epicuro** encuentra a los otros y compone con ellos asociaciones en las que ellas nunca se pierden en tanto que átomo; se permite aquí una intersubjetividad, que impide tanto el egoísmo como la dilución de sí en lo indeterminado.

**Tal es en definitiva la salida salvadora: defender el atomismo**, pues lo discreto es lo único defendible desde el punto de vista de la ciencia, pero requerir al mismo tiempos que el átomo disponga de los recursos para simular una continuidad que lo autorice a «*hacer parte del mundo*», pues de ello depende la vida moral y política.

*“El atomismo sin vacío nos conduce a postular la posibilidad de crear voluntariamente un como si de vínculo continuo entre cada uno de nosotros y el mundo no humano”.* Lionel Naccache, *Apologie de la discrétion*, 2023.

**Con esta doctrina**, se puede incluso buscar prospectar una vía político-cultural de alguna manera laica que escaparía de los encierros ideológico-religiosos, por ejemplo del judaísmo cuya espiritualidad es de dominante *discreta* o del cristianismo cuya obsesión está girada hacia la continuidad...

*L’Apologie de la discrétions* es decididamente un libro muy singular, y su autor un saludable alborotador del pensamiento.

*Apologie de la discrétion. Comment faire partie du monde?*, de Lionel Naccache, acaba de aparecer en las Éditions Odile Jacob. [336 pp., 23,90€, disponible ici.](#)



Entrevista

## Lionel Naccache: “Nuestra consciencia está constituida de átomos indivisibles”

[Lionel Naccache](#), realizada por Martin Legros, publicada el 30 de noviembre de 2022

**Traspassando la puerta del Instituto del cerebro**, edificio completamente transparente y de espacios modulables imaginado por el arquitecto Jean-Michel Wilmotte y construido en 2010 en los terrenos del hospital de la Pitié-Salpêtrière, en París, tengo un poco el sentimiento de penetrar en... el laboratorio de nuestra vida mental. Y mucho más cuando voy a pasar allí dos horas con Lionel Naccache, neurólogo, que adelanta allí sus investigaciones sobre las bases neuronales de la consciencia. *«Desde el liceo, declara de entrada, estuve fascinado por la cuestión de la materialidad de la consciencia: ¿cómo es que creaturas biológicas como nosotros somos capaces de tener, gracias a su equipamiento neuronal, una subjetividad, la capacidad de tener una experiencia reportable en primera persona?»* Formado en la Escuela normal superior y en medicina, entusiasta de la filosofía y de la cultura talmúdica, así como de los últimos avances sobre la enfermedad de Alzheimer, compañero de ruta de Stanislas Dehaene y de Jean-Pierre Changeux, Lionel Naccache ha terminado por imponerse, más allá de su dominio, como un pasante capaz de traducir, pero también de cuestionar filosóficamente los resultados de la revolución científica de la que ha sido actor y testigo. *«Por primera vez quizás en la historia, hemos entrado en la caja negra de nuestra vida mental. Y lo que estamos descubriendo trastorna por completo la idea que nos hacíamos de la cognición así como de sus disfuncionamientos»*. Lejos de cualquier

reduccionismo que conduciría a hacer del pensamiento el producto de las actividades del cerebro, como el hígado produce la bilis, busca problematizar los resultados de los experimentos que realiza sobre la memoria o sobre la percepción en un diálogo permanente con los filósofos, de Spinoza a Bergson. Luego de haber desarrollado la idea de que el cerebro, como una moviola, filtra y gradúa las informaciones a través de pequeñas ficciones inconscientes que son como las *precuelas*♦♦ de nuestra vida mental, busca hoy sacar de la naturaleza «discreta» de las neuronas una palanca para pensar la identidad, la ética y la política. Ya sea que evoque la epilepsia para comprender la circulación de la información por las redes sociales o la enfermedad de Alzheimer para interrogar nuestra memoria, cada vez es como si hubiera encontrado el medio para cuestionarnos desde adentro. Igualmente, al terminar las dos horas de conversación con él tuve un poco la impresión... de salir de mí mismo.

### **Lionel Naccache en 6 fechas**

**1969** Nace en Sarcelles

**1988** Entra a la École normale supérieure

**1990** Descubre la neurología en una pasantía de externo en la Salpêtrière con Michel Poisson

**2006** Publica el *Nouvel Inconscient*, donde introduce su concepción de la consciencia y formula el concepto de «ficciones-interpretaciones-creencias»

**2013-2021** Miembro del Comité consultivo nacional de ética

**2022** Aparece en la editorial Odile Jacob la *Apologie de la discrétion*.

---

**¿Podría Ud. indicarnos las grandes etapas que han hecho de las neurociencias la disciplina llamada a entregarnos las claves del funcionamiento del espíritu...**

**Lionel Naccache:** Las neurociencias enriquecen de una manera inédita nuestros modelos de explicación de la vida mental. Como todas las grandes revoluciones científicas, la de las neurociencias no está exenta de los riesgos reduccionistas que reposan sobre *a priori* que tienen mucho más que ver con la ideología. De la misma manera que sería reductor pensar que la genética explica por entero nuestros destinos, sería ingenuo creer que la edificación de nuestra subjetividad individual sólo reposa sobre la actividad de nuestro cerebro metido en un bocal. Las neurociencias comienzan solamente a explicar cómo las interacciones de este órgano con todo lo que lo rodea no cesan de modificar su estructura fina y su funcionamiento. Voy a retener tres grandes momentos que han jalonado esta revolución. Primero, a comienzos del siglo XX, con el descubrimiento de la naturaleza de las relaciones entre neuronas por parte de Santiago Ramón y Cajal, neurocientífico español al que le atribuyeron el premio

---

♦♦ < Una «precuela» es una obra literaria, teatral o cinematográfica, etc., cuya historia precede a la de una obra inicial y central, enfocándose en los acontecimientos que se producen antes del relato inicial; esa to es, una obra que forma parte de una historia de trasfondo a la obra que le da origen. En internet >

Nobel en 1906, al mismo tiempo que al italiano Camillo Golgi. Este último había inventado la técnica de coloración argéntica que permite visualizar las neuronas. Golgi creía equivocadamente que las membranas delimitaban los contornos de las neuronas que se fusionaban a la altura de las zonas donde entraban en contacto, de suerte que formaban todas juntas una especie única de gran célula. A la inversa, Cajal saca a luz lo que me gusta llamar el individualismo neuronal: a nivel de las sinápsis –la zona de contacto entre dos neuronas–, las neuronas *«poseen relaciones recíprocas de contigüidad y no de continuidad»*, así como lo enunció en su discurso de recepción del premio Nobel. El cerebro humano está constituido así por alrededor de 90 mil millones de neuronas, separadas las unas de las otras, que se comunican por el sesgo de los neurotransmisores, compuestos químicos que liberan para actuar las unas sobre las otras. Este fue el primer jalón. El segundo aparece en la postguerra, con el desarrollo de la informática, de la algorítmica y de la inteligencia artificial. A partir de investigaciones que no tenían que ver directamente con el cerebro, se instaura un nuevo modelo que consiste en pensar la vida mental como información: informaciones almacenadas, transmitidas, manipuladas. Y si se fusionan estos dos jalones, teoría de la neurona y teoría de la información, se obtiene la idea de que el cerebro es una gigantesca máquina de tratamiento de información que dispone de 90 mil millones de neuronas de las que cada una puede estar ora «activada», ora en reposo, lo que ofrece un gigantesco repertorio de  $2^{90}$  mil millones de estados posibles del cerebro neuronal.

### **¿Y el tercer hito?**

Fue aquel del que soy contemporáneo, con la revolución de la imagenería cerebral. Desde el siglo XIX, la neuropsicología había abierto la vía de una localización de nuestras competencias. Broca, Charcot y otros habían mostrado que una lesión en tal parte del cerebro producía ese disfuncionamiento cognitivo o neurológico, lo que permitía deducir de ello que nuestras competencias estaban localizadas en partes distintas del cerebro, lo que se comprende con el concepto de especialización cerebral. La imagenología cerebral estructural, luego funcional, que se desarrolla verdaderamente en los años 1980-1990, va a ofrecer una herramienta incomparable para fournir un outil incomparable para apuntalar este enfoque: decifrar la anatomía cerebral y el funcionamiento de las redes cerebrales con la imagenería de resonancia magnética [IRM] permite entrar en la «máquina»... sin tener necesidad de abrirla.

### **¿Puede darnos un ejemplo de los beneficios aportados por esta apertura?**

Tomemos la memoria. Se podría pensar que establecer una cartografía cerebral de la memoria sería ciertamente útil para comprender mejor el cerebro, pero que una tal proeza no transformaría nuestra comprensión psicológica de lo que es la memoria. Ahora bien, este es un error. Partamos de una definición psicológica elemental de la memoria: la capacidad de registrar, almacenar, recordar recuerdos del pasado. Pero si uno se pone a observar el cerebro con la ayuda de la neuropsicología y de la imagenería, se descubre que no existe LA

memoria sino una decena de sistemas de memoria diferentes y disociables los unos de los otros: las memorias sensoriales, la memoria episódica consciente, la memoria procesal, la memoria por condicionamiento, etc. De este modo, en los pacientes de Alzheimer, es la memoria de los episodios conscientes de la vida pasada la que se altera, pero no la memoria sensorial o procesal. El desvío por el cerebro transformó nuestra definición psicológica de la memoria, abandonando así una concepción monolítica y adoptando una concepción plural estallada. Con este impulso, la imaginería ha permitido descubrir que el mismo sistema cerebral es solicitado cuando nos acordamos del pasado y cuando nos proyectamos en el futuro (por ejemplo, cuando imagino lo que voy a hacer el sábado próximo), lo que de nuevo transforma nuestra comprensión de lo que es la memoria episódica consciente; de esta manera la memoria no se reduce ya a la capacidad de recordar el pasado, corresponde más bien a una función *proyectiva* global que nos hace capaces de salir del aquí y el ahora para proyectarnos a otra parte (pasada o futura). En la enfermedad de Alzheimer, esta capacidad de proyectarse al futuro está por lo demás tan comprometida como la evocación del pasado. Este es el tipo de apertura que permite el desvío por el cerebro; desemboca en una redefinición en regla de una función tan importante como la memoria.

### **El desvío por el cerebro hace oscilar también la visión del espíritu que tienen los filósofos...**

Sí señor. Recuerdo el argumento de Bergson contra la «*espacialización*» del tiempo. El filósofo criticaba el hecho de tender a pasar por el lado del tiempo, en el sentido de la duración, cuando se lo divide en intervalos medibles por nuestros relojes. Y es cierto. Pero, pero... las neurociencias han descubierto que existe un estrecho vínculo entre el espacio y el tiempo cuya existencia es testimoniada por una categoría particular de neuronas, las *place cells*, las «neuronas de lugar», presentes tanto en los roedores como en el humano. ¿De qué se trata? Cuando uno se pasea, se tiene un GPS interior que cartografía automáticamente las coordenadas de los espacios por donde vamos. Y durante el sueño profundo, ese GPS repasa las trayectorias recorridas la víspera miles de veces aceleradamente, yendo hacia adelante y hacia atrás. Ese «*replay*» nocturno es esencial para memorizar los lugares recorridos, pero igualmente para memorizar lo que hemos vivido y aprendido cuando estábamos allá donde estuvimos; dicho de otro modo, nuestra memoria consciente mantiene lazops muy estrechos con nuestra representación mental del espacio. Lo que testimonia bien, diga lo que diga Bergson, las conexiones estrechas entre el espacio y el tiempo.

**Sin embargo, nuestra vida mental no se reduce a las actividades, inconscientes, de nuestras neuronas. Para pensar la relación entre los dos niveles, Ud. y Stanislas Dehaene hablan de un «*espacio de trabajo*» mental. ¿De qué se trata?**

El espíritu humano puede en parte ser descrito como un conjunto de módulos cognitivos disociables; es la idea de la modularidad del espíritu, emitida por el filósofo Jerry Fodor. Pero la cuestión es saber cómo esos módulos distintos especializados, que funcionan de manera paralela, automática e inconsciente, se unen cuando pensamos conscientemente. Una de las propiedades específicas de la consciencia reposa sobre la idea de «*disponibilidad cognitiva*» desarrollada especialmente por el psicólogo Bernard Baars: cuando somos conscientes de algo, somos capaces de hacerle sufrir a ese algo todo lo que sabemos hacer mentalmente. La consciencia parece así romper la modularidad del espíritu y autorizar una especie de orquestación de todos esos módulos que actúan entonces como otros tantos instrumentos. Es esta idea de disponibilidad cognitiva consciente la que hemos tratado de modelizar con el concepto de «espacio de trabajo».

**Ud. propone concebir nuestro cerebro como un «*cine interior*» que escala lo que percibe, al mismo tiempo que se da la ilusión de estar conectado en directo al mundo. ¿Podría precisarnos el sentido de esta metáfora?**

Cuando se asiste a la proyección de una película, se está ante una secuencia de imágenes fijas, 24 por segundo, y sin embargo, subjetivamente tenemos la experiencia de un movimiento visual continuo. Lejos de estar pasivos ante la pantalla, producimos la continuidad de la experiencia cinematográfica. Pues bien, es exactamente así como aquello sucede por fuera de la sala de cine, en la percepción cotidiana, cuando me estoy tomando esta taza de café y converso con Ud. Por supuesto que las «imágenes» del cerebro no son de la misma naturaleza que las de la película, y son moduladas por nuestra atención, nuestras creencias y nuestro conocimiento del mundo. Pero el dispositivo de base sí es el mismo: el cerebro percibe de 10 a 13 imágenes fijas por segundo y construye la ficción de una experiencia continua a partir de ese material discreto. La frecuencia de nuestro cine interior es dos veces más lenta que la del «verdadero» cine, lo que por lo demás nos permite muestrear a este último y percibirlo sin dificultad. Sin embargo, la invención del cinematógrafo me parece que capturó una propiedad esencial del espíritu humano. Percibimos bajo la forma de una película continua una sucesión de imágenes fijas. Así mismo esta cine interior puede igualmente llegar a no funcionar, y muchos cuadros clínicos neurológicos o psiquiátricos ilustran tales situaciones.

**A menudo Ud. regresa sobre la ilusión óptica de la rueda del carro que, en el cine, gira al revés. ¿Qué nos enseña?**

En el cine, esta ilusión es el producto del desajuste que puede producirse entre la velocidad del movimiento de un objeto móvil y aquella con la cual la cámara muestrea ese movimiento. En algunos casos, en virtud del principio llamado de «parsimonia», el cerebro que percibe esas imágenes inventa un movimiento inverso del que recorre la rueda. Ahora bien, ese fenómeno sobre viene igualmente por fuera de una sala de cine, lo que revela que nuestra percepción muestrea ella también el mundo exterior de una manera discontinua y que

nuestro cerebro produce la película subjetiva continua de nuestro flujo de consciencia tan querido por William James.

**En su nuevo libro, *Apología de la discreción*, Ud. se inspira en la idea de discreción para repensar nuestra pertenencia al mundo. ¿Qué es lo que hace de nosotros seres discretos?**

Lo que yo llamo en este libro la discreción se distingue del sentido usual de la palabra (la discreción psicológica) y remite a una propiedad matemática. En efecto, en matemáticas, se oponen dos tipos de conjuntos: los discretos y los continuos. Un conjunto discreto es, por ejemplo, el de los enteros naturales: 1, 2, 3, 4, etc. Cada elemento es no solamente diferente de los otros sino que está separado por fronteras bien claras: 2 tiene como vecinos inmediatos 1 y 3. A la inversa, en un conjunto continuo como el de los números reales, que aunque sean distintos no hay fronteras claras identificables entre ellos: entre dos números, por próximos que ellos sean, siempre existe una infinidad de otros números, entre 1,9 y 2, estarán 1,997, 1,999... Pongamos otro ejemplo: el espacio euclidiano. Es continuo porque entre dos puntos, siempre puede haber una infinidad de otros puntos. En el lenguaje corriente se comprende muy bien la continuidad, mientras que la discreción es más difícil de captar. A decir verdad, no existe un término usual para designarla, y por esto ¡mi desplazamiento del término «discreción»! Sea lo que fuere, pienso que esta noción, que tiene un fundamento neuronal –puesto que las neuronas están separadas las unas de las otras–, tiene un alcance mucho más amplio. Psicológico ante todo: cuando se reflexiona bien, no se pueden pensar dos cosas al mismo tiempo, y siempre tenemos que pasar de un estado a otro. Nuestros estados de consciencia son discretos. Descartes ya lo decía: «*No tenemos más que un solo y simple pensamiento de una misma cosa al mismo tiempo*». Vea no más la famosa experiencia del dibujo del conejo-pato del



psicólogo Joseph Jastrow, que puede ser percibida ora como una cabeza de conejo, ora como una cabeza de pato, pero nunca los dos al mismo tiempo. Los átomos de nuestra consciencia son únicos e indivisibles, es decir discretos, incluso cuando tenemos la impresión de un flujo continuo de consciencia. Y oscilamos de un estado de consciencia a otro de manera brutal, no por un *morphing* continuo. Ante el dibujo del conejo-pato, veo el conejo o el pato, nunca el paso del uno al otro. Unicidad y dinámica serial, estas son las dos propiedades fundamentales de la consciencia. Pero la idea de discreción permite también caracterizar nuestra relación con los otros y nuestra

pertenencia al mundo. Cajal decía que existen relaciones de *contigüidad* y no de *continuidad* entre las neuronas. Es transponible a nuestra experiencia del mundo. Ciertamente que estoy separado de los otros y del resto del mundo, pero esto no me impide construir lazos con ellos, y comprometerme en lo que yo llamo un «como si...» de continuidad con todo lo que no sea yo.

### **¿Tiene pues la discreción una dimensión política?**

Sí, me parece precisamente que es porque se toma consciencia de que somos seres discretos que uno puede entrar en conexión con otros. Puedo decidir, por un acto de voluntad, hacer «como si» hubiera continuidad entre nosotros, y esto nos permite entendernos. Y a la inversa, la negación de la discreción participa de ciertas formas de comunitarismos que postulan a la vez una continuidad ilusoria entre los que están «adentro» y una incapacidad para conectarse de manera discreta con los que están «afuera». A decir verdad, tomar consciencia de nuestro estatus discreto nos hace capaces de atraer nuestra atención sobre los lazos que todavía nos faltan por construir entre nosotros y los otros.

### **Ud. lo muestra a partir del ejemplo bastante divertido de una sesión de meditación colectiva llevada a cabo por el psiquiatra Christophe André en la que Ud. participó en la Maison de la radio, en Paris...**

Fui convidado a participar en una sesión de meditación colectiva con centenares de personas reunidas en ese auditorio. Por medio de los ejercicios de respiración se invitaba al público a desprenderse de la «ciudadela interior» de su subjetividad, para conectarse con el mundo y con los otros, y tener la experiencia de la benevolencia universal. Si la aspiración a ese tipo de comunión laica conoce un entusiasmo significativo completamente respetable, hay escollos para este impulso oceánico de pertenencia a ese conjunto más vasto que nosotros. Seguramente que hacemos parte del mundo, pero esta pertenencia no corresponde necesariamente a una continuidad entre cada uno de nosotros y el resto del mundo. Desde que tratamos de pensar nuestro vínculo con los otros y con la naturaleza en modo continuo, se corre el riesgo de creer estar en continuidad con el mundo cuando de hecho nunca hayamos abandonado el perímetro de nuestra subjetividad individual. Se cree estar conectado con el Gran Todo del mundo, cuando realmente se sigue anclado en su propia subjetividad. So capa de altruismo sincero y de apertura, el individuo corre el riesgo de encerrarse en su burbuja narcisista. Por supuesto que todas las formas de meditación no están condenadas a la pseudo-continuidad... Más allá me parece que el escollo de la pseudo-continuidad se reencuentra en algunos discursos políticos ecológicos y en ciertas luchas societales contemporáneas. Para mí el remedio está en religarse con el resto del mundo sin considerar por ello que hacemos parte de él de manera continua.

### **Ud. ha sido miembro del Consejo consultivo nacional de ética. Y la oposición entre discreto y continuo le permite abordar grandes cuestiones**

### **éticas contemporáneas, como la de la transición de género o del suicidio asistido.**

La discreción permite no solamente proponer un modelo de pertenencia al mundo sino igualmente de pertenencia a sí mismo: evidentemente que este que soy aquí y ahora hace parte de mí. Pero este conjunto singular que es este YO subjetivo es a su vez un conjunto... ¿discreto o continuo? Esta cuestión condiciona nuestra definición de la identidad subjetiva. ¿Será un collar de perlas de estados de consciencia que se suceden y se yuxtaponen el uno al otro? ¿O estará dotada de una forma de continuidad y de coherencia interior? Si decido que quiero cambiar de género o de sexo, o que deseo ponerle fin a mi vida, ¿quién habla y decide en mí? ¿Un yo pensado como un ser continuo? ¿O el yo que encarno aquí y ahora? Para todas las decisiones irreversibles, es un verdadero problema ético. No soy partidario de una ética fijista. Pero si estamos fundamentalmente constituidos de un conjunto discreto de estados de consciencia cambiantes, conviene preguntarse si lo que Ud. está queriendo hacer ahora está de acuerdo, o no, con los otros ustedes, y sobre todo si se está lúcido de tal dificultad. Frente al final de la vida, me he encontrado con todos los casos posibles: individuos que tienen una idea extremadamente precisa antes de un accidente grave de salud y que dicen, ya sea «yo, es la vida y nada más», otros «yo, si me pasa algo no quiero permanecer con vida» – algunos hasta compran venenos... Y luego, cuando las cosas pasan, cambian completamente de posición, en una dirección o en otra...

### **¿No es el sentido de la ética que Ud. propone?**

Incluso esta es mi brújula; la ética que propongo está fundada en la toma de consciencia de nuestra discreción y sobre la posibilidad de comprometerse en «como sies» de continuidad consigo mismo, con los otros y con el resto del mundo. La lucidez de nuestras reflexiones importa más que la naturaleza de las elecciones a las que ellas nos conducen. Estando dado que una elección individual no ejerza una violencia directa sobre los otros, las escogencias individuales no me parecen problemáticas sino cuando proceden de manera no lúcida en cuanto a nuestro estatus de creaturas conscientes discretas.

Traducido por Luis-Alfonso Paláu, Envigado, co, mayo 22 de 2023